

UNA LECCIÓN DE FILOSOFÍA

(Cuadros sobre las transformaciones del Eros filosófico)

ANTONIO ALEGRE GORRI
(Universidad de Barcelona)

In mei patris memoriam.

(Sólo los *platónicos* deberán leer este texto en voz alta —aunque no demasiado— y pausadamente)

Un encuentro fue el *arjé* de todo. Un joven ateniense se halla perplejo. Pertenece a una de las más encumbradas familias de la Ciudad; posee una formación exquisita: en literatura, en gimnasia —¡incluso ha vencido en unos juegos!—, en matemáticas, en retórica...; el futuro es suyo. ¿Es suyo? Su perplejidad es la misma en que se ve sumida la Ciudad: el vino de los triunfos por venir se va aguando. Un renombrado maestro en filosofía, Crátilo, le enseñó muchos tecnicismos, pero también que el mundo está destinado a un final miserable... Sólo ha crecido veinte años. Es fornido y de anchas espaldas, delgada la voz. A tan corta edad nadie suele albergar tantas posibilidades como, a la vez, tantos desengaños y amarguras. Vida y muerte. Sus dos hermanos, Adimanto y Glaucón, son miembros de una *hetairía*; tiene también una hermana, Potona. Una noche de verano asiste a una fiesta en casa de Falino, amigo de Glaucón. Villa de campo, más allá de las Hierai Pylai, en el sagrado camino de Eleusis. La fiesta es una bacanal no religiosa. Durante el regreso a Atenas ve el rielar de la luna que platea las ondulantes copas de los olivos, cortado el horizonte por las lanzas de los negros cipreses; el frescor nocturno está embalsamado por el denso aroma que despiden los lirios, el laurel, azaleas, tamariscos y demás flores de los arbustos diseminados entre los olivos, almendros, pinos, cañas, tamarindos, cipreses y manzanos... El grupo de amigos va charlando despreocupadamente, en alegre francachela, todos un poco ebrios, por el camino de vuelta... De pronto, a la vera de nuestro joven ateniense se pone un hombre maduro, de complexión un tanto achaparrada pero ágil:

«¿Si me tienta la tragedia?», me pregunta. Le contesto afirmativamente, pues ¡hasta he escrito alguna! ¿“Si me interesa la filosofía?” — ¡Claro que sí!, le digo. —“¿Qué es?” — Salvar a Atenas de la estupidez, la ignorancia y la corrupción, le respondo. —“Acaso sea el intento de

salvar a la humanidad entera mediante el bien y la sabiduría aun a costa de la propia vida si ello fuere necesario”, me dice él. Su respuesta me deja pensativo y me fascina: ¡qué contraste con la frívola liviandad de mis otros acompañantes, estos jóvenes notables de la Hélade, casquivanos, ambiciosos y ateos, que sólo ansían divertirse yendo de orgía en orgía como ésta de la que acabamos de salir!

—¿Quién eres? —le pregunto.

—Me llamo Sócrates, ¿y tú?

—Platón.

Él entonces me invita: Pues, si quieres, podrás ser desde hoy mi discípulo, porque he visto en ti el fulgor del Eros filosófico.

Yo acepto con entusiasmo: ¡Sí, sé mi maestro para toda la eternidad!»

* * *

«Mi maestro murió a causa de insidias políticas y por ser un hombre *radicalmente revolucionario*, que deseaba hacer justas las —por desgracia— siempre injustas estructuras de toda organización política. En este caso, la de Atenas. Creo que mi diálogo *Critón* refleja bien lo que digo. Las Victorias aladas habían volado, o así lo parecía, a Sicilia. Yo me fui a Egipto. En Heliópolis aprendí geometría, así como la antigüedad de una civilización que me hizo relativizar la nuestra de Atenas y también la religión, que, en lo esencial, es igual en todos los tiempos y lugares. Pitágoras, Sócrates, Diotima, los misterios de Eleusis, los de Dioniso, el gran Heráclito... nos enseñan siempre lo mismo: que la vida es una mota, una partícula de un Todo al que sólo podemos retornar tras la muerte. Frecuentando en Heliópolis los templos, oí una vez a los sacerdotes cantar este himno al dios de las tinieblas y de la luz:

*«La muerte está hoy ante mí
como el perfume del olíbano,
como el reposo al abrigo de un velo en día de fuerte viento.*

*La muerte está hoy ante mí
como el perfume de los lirios,
como el reposo a la orilla de un país de embriaguez.*

*La muerte está hoy ante mí
como el final de una tempestad,
como el regreso al hogar después de un largo viaje»**

* Versos tomados del libro de VINTILA HORIA *La séptima carta*, Barcelona, Ed. Plaza & Janés, 1969, pág. 39.

* * *

«¡La muerte está hoy ante mí! Pensamiento que no debe desazonarnos, sino más bien servirnos de consuelo, pues pronuncia reposo, felicidad, vida verdadera. El filósofo conoce una verdad que ha de enseñar a todos: hay que prepararse para la muerte, tras la cual comenzará lo deseado, la auténtica existencia; vivir con justicia es iniciar el camino a la eternidad, el reintegro en esa unidad de la totalidad, sin desgarros, que produce la felicidad del Uno. Por eso escribí el *Fedón*. Pero no es lícito, ni honesto, ni, por lo tanto, digno de la ciencia más excelsa, de la filosofía, que anhela y busca el saber porque lo ama, y luego lo enseña, no es lícito —digo— dejar en lo *informe*, en el *desarreglo*, en el *desorden*, ni el gobierno de las ciudades ni la vida privada de los mortales, que, sin aquella enseñanza, se debaten en enfrentamientos y guerras que deberían cesar.

Desde luego me tengo por más optimista, más voluntarioso y menos llorón que Heráclito, pero ¿quién de los dos es más realista? Reconozco que no lo sé. Sin embargo, no quisiera incurrir en las ácidas tenebrosidades del de Éfeso, tan lúcido por lo demás. Este mensaje lo alumbré en la metáfora de la Caverna, en la *República*, diálogo que escribí luego y que recompuse y retoqué con todo cuidado en diversas ocasiones. Dedicué también diálogos a la memoria de mi venerado maestro, a plasmar en la escritura sus ideas, ya que él, a fuer de universal y revolucionario en el pensamiento y en la vida, pero conservador en cuanto a las técnicas y manualidades, se negó constantemente a hacerlo, hasta el punto de que fue un memorable ágrafo. Escribí asimismo otros diálogos con la pretensión de reflejar en ellos las características de mi época, pero a la vez intentando transformarla. Me pareció que lo más conveniente era escribir en esta forma dialógica, pues con ello participaría del modo más vivo a todo tiempo futuro —al menos así lo deseaba y creía yo— las sabias enseñanzas de mi querido maestro, su hábil y profunda *mayéutica*.

Viajé a Sicilia, no sin antes pasar por Tarento para ver cómo el gran Arquitas se las había arreglado para hacer ley política la doctrina pitagórica. La nueva Grecia estaba, en parte, bien legislada, pero también en algunos sitios bastante mal, según pude comprobarlo en Siracusa. Allí, formando el barrio más antiguo de la ciudad, hay una islita maravillosa, Ortigia, en la que está el puerto menor de Siracusa, al que arriban las naves de poco calado. Desde Ortigia se ve la ciudad nueva, con la hermosa ladera cubierta de pinos, cipreses, olivos y almendros en la que se asientan suntuosas villas y, en la cima, el gran teatro y las latomías; abajo en la costa, a la derecha, se extiende bullicioso de vida el puerto mayor. Ortigia está unida a Siracusa y, por tanto, a la gran isla que es Sicilia, por un puente muy transitado. Templos, castillos, cuarteles,

callejuelas con talleres de artesanos, tenderetes, mercadillos, fábricas de papiros, y el gran templo de Apolo: eso eran el urbanismo y la vida de la floreciente Ortigia, en cuya ciudadela, para vigilar a los terribles y cercanos enemigos, los cartagineses, se fortificó Dionisio con sus familiares y con lo más selecto de sus tropas. Ortigia es la isla de Ártemis y de una de sus ninfas, Aretusa, cazadora y virgen como su diosa y señora. El dios-río Alfeo se enamoró de la ninfa, y, resistiéndosele ésta, se hizo cazador para conquistarla. Aretusa, perseguida por su enamorado, trató de despistarse convirtiéndose en fuente, y entonces Alfeo pudo unírsele entremezclando sus aguas con las de ella.

El mundo de los mitos, del espíritu y de los dioses siempre me ha fascinado. Considero que es mucho mejor vivir en él que en la sucia bajeza de las envidias y mezquinas pasiones no idealizadas. El problema de los hombres consiste en que somos malos y en que no sabemos idealizar. Hice tres viajes a Sicilia: el primero a mis cuarenta años, cuando reinaba Dionisio I; aquello fue un fracaso; pronto me percaté de que es muy difícil que los tiranos o déspotas absolutos se tornen benévolo y beneficiosos. En seguida, el año 367, fundé la Academia, mi gran obra, de la que luego hablaré. Poco tiempo después, a instancias de mi buen amigo Dión, uno de los mejores académicos, emprendí un segundo viaje sículo, reinando ya Dionisio II. Mi personalidad ha sido compleja —lo es aún, si bien ahora la vejez me va limando y alisando las aristas—: mezcla de debilidad ante los hombres y de tenacidad, o casi diría que empecinamiento, para imponer mis ideas. Sólo tal complejidad explica el que, en 361, me aventurase a ir a Sicilia por tercera vez. ¡Nunca más! Dionisio el Joven era un fatuo engreído y, además, un criminal que acabó con la vida de Dión. ¿Cómo pude engañarme tan lamentablemente? Lo cierto era que vi que en Atenas nunca lograría imponer mis ideas políticas, y, por tanto, pensé en convencer a alguien que, disponiendo de todo el poder, intentara dar vigencia al ilustrado absolutismo de la racionalidad y la bondad e hiciera así felices a sus súbditos. ¡Ingenuo de mí! El destino de los hombres, así como su *démon* o carácter, es insondable, por más claramente que trace nuestro espíritu su mundo de ideas y por mucho que nos halaguemos creyendo poder implantarlas.

Pienso que son dos, sobre todo, los peligros que acechan al carácter del hombre: uno, que nuestro cuerpo y cuanto nos rodea no se asimilen como es debido a los diseños ideales; el otro, más grave, que nuestro espíritu idee unos modelos de tan perfecta geometría que no puedan cumplirse en la vida real por ser demasiado especulativos y ambiciosos. ¡Fatídica *hybris*! Nunca cesará el género humano de incurrir en toda suerte de males y jamás empezarán los estados a ser bien gobernados, si los que son filósofos no se encargan de las tareas de gobierno o si los gobernantes no se convierten, por especial favor divino, en auténticos filósofos. Ya he dicho antes cómo me percaté, tanto en Atenas como en

Sicilia, de la imposibilidad de que se satisfagan los requisitos de ese segundo supuesto. A procurar el cumplimiento del primero dediqué muchos de mis mejores esfuerzos: la fundación de la Academia, la redacción de los diálogos que he escrito y la de las cartas dirigidas a mis académicos y a todos cuantos están intentando ahora, en numerosas ciudades, poner mis ideales en práctica. Espero que nuestro señor Apolo me sea favorable y en el futuro se hagan realidad mis deseos. No veré yo tal belleza, pero muchos me la agradecerán.

* * *

«¡La vida creadora! Todos debemos evitar la inmodestia, pero no por ello hemos de infravalorarnos. La *filautía* rectamente ordenada es buena. Yo he escrito diálogos que rebosan vida creadora, magnífica belleza, que pueden servir a hombres y mujeres de todos los tiempos lo mismo que les son provechosos a los de mi Academia —aunque no muchas, también hay en ella mujeres—. Compuse con esta intención el *Banquete*, que es un canto a la Belleza y al Amor, de los que el mundo está tan necesitado; escribí el *Fedro*, ese frenesí, esa sublime manía, diálogo que seguramente podrá ser tenido por superior a las mejores tragedias, pues en él rivalizan el más excelso discurso y el Eros de la oralidad compartida, la mayéutica socrática, que tan intensamente practicamos en la Academia. En cuanto a *La República*, sé que la organización política que allí propongo es tan singularmente perfecta como irrealizable, mas también me persuado de que no serán pocos los que puedan inspirarse en algunas de las sugerencias contenidas en éste y en los demás diálogos míos. Por supuesto, no faltan razones científicas que abonen tales concepciones, como tal vez la búsqueda de referentes estables para aclarar el misterio de la inmutabilidad de los significados, que, sin embargo, se expresan mediante signos convencionales, o el captar los objetos universales de la *epistéme*, que es lo que me indujo a crear la teoría de las ideas; pero los motivos antes indicados son los más profundos: diseñar unos modelos inmutables de Belleza, de Amor, de Justicia. A estos trabajos y a los de mi maestro Sócrates, a los de los pitagóricos y a los de la Academia misma es a lo que llamo la “*vida creadora*”.

En cierta ocasión, en Siracusa, la hermosa Briseida me preguntó por qué había aborrecido yo el amor carnal, el disfrute del sexo, ese escenario en el que se actúa el *pólemos* de la esencia de la vida, mezcla de intensísimo placer e indefinibles dolores. Le respondí que no era que lo hubiese aborrecido, sino que el espíritu me había arrebatado tan fuertemente que no me quedó tiempo para cosas que no fuesen de espiritual cariz y mayor elevación. Pero —añadí— el espíritu es tan superior a la carne que hasta la representación escrita del amor carnal —y toda escritura es espíritu— incita a los hombres a intentar realizar lo que allí

leen imitando la minuciosa textura del tejido descriptivo. Todo aquel que lea en profundidad el *Fedro* advertirá, sin duda, la verdad de mi afirmación. ¡Sólo que lo más excelso no puede entregarse a tan débil medio de expresión como es la escritura!»

* * *

«¡Qué honduras anímicas se alcanzan meditando sobre el Todo-Uno, la vida y la muerte! Mis días pasaban, caían como las hojas de los árboles que amarillean en otoño. Si alguien me pregunta cuáles de mis obras aprecio más, mi respuesta es: el *Fedón* y la *República*. Aquel representa el ferviente anhelo, la ansiedad por dejar la imperfección de esta vida terrena y lograr la inmortalidad. La *República* es un don para los hombres presentes y futuros, el regalo que les brindo de una organización política que está pensada con el fin de propiciar, en la medida de lo posible, la felicidad en esta vida. Mi vida y mi obra es la de todos los investigadores de la Academia; los hay de muy distintas tendencias, aficiones y capacidades: así Eudoxo, así Espeusipo, o el médico Filistión, o Aristóteles, ese muchacho macedonio que es un lector incansable y tan bien dotado que creo que con sus producciones asombrará al mundo... y así tantos y tantos otros. Las investigaciones conjuntas, de las que mis diálogos son sólo un pálido reflejo, siguieron diversos derroteros. En época ya avanzada de mi vida escribí sobre cuestiones de ontología y de lógica, sobre el estatuto de la ciencia, sobre asuntos de la vida pública. ¿Resultado? El *Parménides*, el *Teeteto*, el *Sofista*, el *Político*. Me había propuesto redactar también el *Filósofo*, pero no tardé en volver de mi acuerdo, al convencerme de la ingenuidad de semejante cosa. Filósofo lo es quien vive filosóficamente, y esto exige muchísimo. Yo me he esforzado por serlo de veras, pero ni creo haberlo conseguido por completo ni creo que nadie pueda conseguir nunca vivir la plenitud de la filosofía. Por consiguiente, habría supuesto una impostura el escribir tal diálogo.

Actualmente quemó mis días y también, por las noches, mis pestañas y mis ojos, escribiendo cartas a los académicos diseminados por la Hélade; les expreso mis deseos de que lleven a la práctica los ideales que forjamos juntos en la Academia. También estoy componiendo una larguísima obra, las *Leyes*, de la que no acabo de estar del todo contento, pues sospecho que me sale demasiado dogmática y con asomos de un positivismo jurídico que quizá se deba a mi vejez ganosa de seguridades. De las obras de mi época tardía, la que más me complace es el *Timeo*. En ella he descrito la formación del Cosmos; al redactarla tuve en cuenta todos los conocimientos científicos existentes a la sazón, reunidos afanosamente y estudiados con la ayuda de mis académicos. Gracias a eso, el resultado se ajusta a mis propósitos y parece responder a las demandas especulativas de todos los hombres, exceptuados los burdos materialistas,

de los que los sofistas son ingeniosas variantes. A los materialistas los he odiado mucho y sinceramente, por entender que quieren privarnos de lo mejor del alma, de lo espiritual. Quien lea mi *Timeo* se convencerá de que el mundo es una adaptación de la confusa y desordenada materia a las claras y ordenadas ideas, adaptación ejecutada por el Demiurgo y sólo expresable matemático-geoméricamente por nosotros los hombres. ¡Qué bien hice inscribiendo en el frontispicio de la Academia aquello de “Nadie entre aquí sin haber aprendido antes perfectamente la geometría”!

¡Qué gran consuelo: tras la muerte, nuestras almas inteligentes se reintegrarán en el Todo! Respecto a este punto me aparté de las enseñanzas de Crátilo.

Os entrego esta “lección de filosofía”, que no es otra cosa que el recuerdo de los hitos de una vida que ha creado algunas obras, a mi parecer, válidas por lo beneficiosas.»

* * *

—He aquí las transformaciones del Eros filosófico, que de hecho constituyen una Unidad desparramada en el tiempo de una existencia humana. Ese Eros anida, como águila señera, donde quiere, pero unas vidas lo acogen y despliegan mejor que otras: algunas incluso lo ocultan, lo entenebrecen, lo manchan, mientras que otras lo exhiben brillantemente remontándose con sus alas hacia el Sol y hasta el Bien Sumo, ejerciendo toda la grandeza, honestidad e inteligencia de que es capaz el espíritu del hombre. Tal, como muy pocos en eminencia, Platón.